

FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA: CLASICISMO Y MODERNIDAD

POR

M^ª JOSEFA DÍEZ DE REVENGA

En 1986 apareció, ya en la segunda mitad del año, el libro *Del tiempo y la memoria* (1) con el que Francisco Sánchez Bautista nos daba una nueva entrega de su, entonces ya largo, quehacer poético. Ya en el momento de su aparición la obra nos permitía apreciar la madurez serena y reflexiva, el clasicismo, en suma, de su autor que seguía profundizando por caminos ya explorados en libros anteriores, y a la vez nos ofrecía otros nuevos y prometedores que se desarrollarían más ampliamente en libros posteriores, como *Alto acompañamiento* (2) tanto en la edición de 1987 como en la de 1992. Con el paso de los años, esta primera impresión se ha confirmado y ahora podemos afirmar que *Del tiempo y la memoria* fue, desde luego, un libro de madurez, pero también de promesa, que se ha ido convirtiendo en realidad con los poemas que en estos últimos años han ido enriqueciendo la amplia, pero aún inacabada, obra poética de Francisco Sánchez Bautista.

Esa madurez serena y reflexiva a la que me he referido más arriba, en *Del tiempo y la memoria* intensifica la condición de Francisco Sánchez Bautista como poeta de hoy, fuertemente vinculado con nuestro mundo, con una expresión perfectamente acorde con las inquietudes y anhelos de nuestro tiempo, y con sus

(1) F. Sánchez Bautista, *Del tiempo y la memoria*. Prólogo de F.J. Díez de Revenga. Biblioteca Murciana de Bolsillo, 75. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1986.

(2) F. Sánchez Bautista, *Alto acompañamiento*. Editora Regional de Murcia, 1988; y Biblioteca Murciana de Bolsillo. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1992.



raíces en la tierra, donde están sus particulares señas de identidad, tan presentes, por otra parte, en libros anteriores, como *Encuentros con Anteo* (3), por citar sólo uno.

“El poeta y el tiempo, el poeta y la memoria, el poeta y los recuerdos que construyen su pasado y su universo poético en esta ocasión, formalizan la más clara señal del nuevo libro de Francisco Sánchez Bautista”, escribe en el prólogo a *Del tiempo y la memoria*, F.J. Díez de Revenga; y efectivamente, el sentimiento del tiempo vivido dota al libro de un marcado carácter elegíaco, al que ampliamente se refiere el citado prologuista. “Inútil búsqueda en el tiempo”, “Tiempo de elegía”, “Tiempo para Deméter”, “Caudal de la memoria”, “Debajo de las sombras y el olvido” y “Ganado por la luz” son las secciones en que el poeta agrupa estos poemas y nos los presenta temática y formalmente organizados. Cada una de las citadas secciones mantiene una clara unidad, que no impide -ni siquiera, estorba- la unidad del conjunto, presidido por el tiempo de historia del poeta, que es su edad vivida, y que a pesar de sus inquietudes temerosas deja vislumbrar un futuro.

El poeta, embarcado en la difícil tarea de la recuperación del tiempo vivido en la ahora considerada por él lejana infancia y mocedad, consigue extraordinarios aciertos que, alguna vez le permiten esa recuperación ansiada. Marcel Proust escribió: “Así ocurre con nuestro pasado. Es trabajo perdido el querer evocarlo, e inútiles todos los afanes de nuestra inteligencia. Ocúltese fuera de sus dominios y de su alcance, en un objeto material (en la sensación que ese objeto material nos daría) que no sospechamos. Y del azar depende que nos encontremos con ese objeto antes que nos llegue la muerte, o que no lo encontremos nunca” (4). Francisco Sánchez Bautista ha tenido la fortuna de que ese azar al que se refirió Proust funcionase satisfactoriamente en alguna ocasión, y fueran precisamente sus sentidos, alertados por su capacidad poética los que le permitieran revivir el tiempo anterior. Sin embargo, no siempre ocurre el milagro de la recuperación, a pesar de los esfuerzos del poeta. Así en “Inútil búsqueda del tiempo”, en que las imágenes sensoriales (“lleno de aromas / ni de abejas”; “-dulces frutos al paladar propicios-”; “el rumor saludable de una acequia”) evocadas por el poeta lo llevan a la conclusión de que la naturaleza (el cielo, el paisaje, la luz) permanece, es inmortal; son los sentidos del hombre los que pasan o envejecen. Por eso su estado de ánimo lo lleva a la construcción de esta imprevisible y sorprendente imagen: “No me huelo a futuro sino a ausente”, que se completa con el coloquialismo transitivizador del verbo morir: “El tiempo ha muerto a un niño; un hombre llora”.

(3) F. Sánchez Bautista, *Encuentros con Anteo*. Serreta. Murcia, 1976.

(4) M. Proust. *En busca del tiempo perdido*. Por el camino de Swan. Trad. de Pedro Salinas. Plaza Janés, 1975. Vol. I, pág. 45.



El poeta es todo sensaciones, y los signos de un tiempo anterior están siempre ligados a sus propias percepciones sensoriales. Impresionados todos los sentidos, ellos son la muestra fehaciente del paso del tiempo en el poeta. Y el sereno agobio que, a veces, esto le produce lo lleva a consideraciones desacostumbradas. La pérdida del sentido de la vista -suplido por el tacto- alcanza un triste protagonismo en el poema "El invidente", donde la imposibilidad de gozar de la luz se ve amargamente compensada por la ignorancia del deterioro y decrepitud que el tiempo -y no sólo él- imprime en los seres humanos, y que culmina en la muerte. Esos ojos "no ven la marca que el dolor produce", "ni el rostro descompuesto por la ira", "ni la ruina física / de la vejez caduca y achacosa", "ni la fea postura / horizontal, estática, del muerto".

Además de las diferentes percepciones sensoriales, las aves, "pájaros" para el poeta, tienen importancia capital en la infancia perdida de Francisco Sánchez Bautista, y a su presencia están ligados los recuerdos. La alegría de su canto, la libertad y despreocupación de su vuelo, su asociación con la arcádica primavera casi irrecuperable son constantes. De entre estos pájaros destacan dos, que adquieren un valor relevante: el ruiseñor y el mirlo. En "Como si el tiempo retornara" el poeta recuerda "un ruiseñor perenne en una rama / y un azogado mirlo". En "El deshabitado" la arcadia feliz evocada cuenta con "un soto del ruiseñor" y el "júbilo del mirlo". Son precisamente estos alegres pájaros los que consiguen la poco corriente recuperación de sensaciones físicas olvidadas que le permiten "revivir" el pasado. En el poema "Es un pájaro el tiempo" el poeta se expresa así: "Ya mi niñez de pájaros recomponer no puedo, / aunque un temblor antiguo, de nidal sorprendido, / parece que me azoga las yemas de los dedos". Y más adelante: "Y aún se gozan mis ojos de esta impronta radiante / de la luz que conozco desde un tiempo de infancia". Pero la recuperación es momentánea, y el poeta es consciente de que el privilegio no puede durar más que unos instantes; entonces aparece otro pájaro, cuyo valor emocional queda claro: "Y es un pájaro negro la tristeza, y me asalta / con sus alas de sombra en medio del camino". Si el ruiseñor y el mirlo antes habían representado la infancia perdida, en este poema se disocian: el mirlo sigue asociado al lejano marzo evocado, mientras que el ruiseñor inquieta al poeta: "Sólo un pájaro pardo me turba y me obsesiona: / ¡el ruiseñor que ignora ser eterno en el tiempo".

A los poetas, sobre todo a partir del Romanticismo, uno de los temas que más les ha preocupado y atraído ha sido el de su identidad como hombres; y otro, el de la creación poética. Estas cuestiones en Sánchez Bautista aparecen ahora ligadas a su meditación preocupada por el tiempo que condiciona su existencia, y que se hace acuciante. Sánchez Bautista, poeta con conciencia de su temporalidad, en "El deshabitado" hace un recuento de lo que fue un día, cuando lo hospedaron "hermosas cosas", y recuerda que usó "de las palabras más hermosas / para crear un mundo a la medida" de aquellos que sentía. La desesperanza, sin embargo, le hace



ahora sentirse “deshabitado”, y dirigirse al lector “desde el olvido”, o más allá: “desde la muerte”.

“Cierta sabor a tierra” es una declaración del poeta que reafirma su identidad, con las afortunadas imágenes que lo ligan a la tierra y lo sitúan en la naturaleza, de la que forma parte con la misma vitalidad que los vegetales que ella produce. El poeta es parte de la tierra, del entorno, y sus sentidos quedan satisfechos con esta identidad, incluso con la conciencia de que “la muerte / ponga un gusano oculto a mi existencia”. Por eso en los versos finales se define de una manera clara con una rotunda serie de imágenes vegetales, que se abre con la semilla insignificante que afirma su prometedora condición de fruto casi inmediato: “Soy bizna germinar, irrenunciable, / esqueje o rama pródiga que sólo / le es bastante un mínimo de tierra / para sentir su vocación de fruto”. En “Identidad” insiste en su vinculación a la tierra y su condición pacífica; pero aquí, además, se refiere a su creación poética que, sin duda, es uno de sus cargos definitorios: “Auscultarme los versos / y sentiréis como una árida espina / la vida adulta y el dolor crecido”.

Un hermoso soneto, el VII de “Caudal de la memoria”, construido a partir de la cita de Shakespeare “Y mi nombre sin mí se olvidaría”, le sirve a Francisco Sánchez Bautista para expresar la esperanza de que su creación poética lo salve del olvido al que está destinado todo ser humano. El verso shakespeariano que lo abre no puede por menos que recordarnos estos otros versos de Luis Cernuda: “Donde mi nombre deje / al cuerpo que designa en brazos de los siglos”, que forman parte del poema que abre el libro *Donde habite el olvido* (5), y que tienen un significado tan distinto al de soneto de Francisco Sánchez Bautista. Si Cernuda desde su desolación reclamaba la aniquilación y el olvido, llevando a sus últimas consecuencias la intuición becqueriana de la que había partido, Sánchez Bautista reclama la vida y, como uno de los poetas por él más admirado, Jorge Manrique, piensa que la vida de la fama no es en absoluto despreciable, y además es una de sus opciones, a la que no está dispuesto a renunciar. Porque el nombre del hombre sin él, sin su realidad física, está vacío de significado, y el sentimiento, que es lo que hace humano al hombre, es lo que lo convierte también en permanente. Y la palabra poética, la creación, es lo único que podrá salvarlo del olvido, ya que el canto del hombre alivió su tristeza, producida por las inquietudes que lo apasionan: el amor y la muerte.

Este soneto VII es también un buen ejemplo de la maestría con que Sánchez Bautista se enfrenta a un tipo de poema tan inflexible y poco maleable como clásico y contenido, con una perfecta distribución de los materiales poéticos, que exige no sólo habilidad sino también, y sobre todo, equilibrio, en el que no falta la

(5) L. Cernuda. *La realidad y el deseo*. Fondo de Cultura Económica. México, 1975. 4ª edición, 2ª reimpresión.



justa expresión humana de su inquietud. No es, por otra parte, el único, sino que en este libro hay otros cincuenta y nueve. Ni siquiera es la única forma garcilasiana, puesto que también encontramos otras, como las liras, a la manera de Fray Luis de León.

Son muchos los aciertos, los hallazgos felices que el lector encuentra en *Del tiempo y la memoria*, y hay que destacar que muchos de ellos están unidos a esa continua reflexión que el paso del tiempo y sus efectos devastadores producen en un ánimo sereno como el de nuestro poeta, porque el sentimiento de la edad vivida y de la propia experiencia acumulada se convierte en continua elegía, vivida igualmente. Pero en el libro no sólo hay este tipo de logros, sino que encontramos algo más importante: su riqueza poética y humana es paralela a su unidad temática. Es éste un libro adecuado para la lectura silenciosa y reflexiva y, como escribió Bécquer, "cuando se acaba ésta, se inclina la frente cargada de pensamientos sin nombre". Clasicismo y modernidad creo que son los términos que apropiada y escuetamente pueden definir la hermosa poesía que Sánchez Bautista reunió en 1986 en *Del tiempo y la memoria*.

